

THE DAY THE DAM BROKE



UMBRAL 10

El Día En Que Cedió La Presa

Nadie sabe cuál será el día.

Esta es la primera verdad.

Podemos planificar.

Podemos prever.

Podemos construir sistemas, estrategias, protecciones y reservas.

Podemos convencernos de que la experiencia es una forma de inmunidad.

Pero siempre llega un día en que algo se rompe.

A veces es una persona.

A veces una ilusión.

A veces un proyecto.

A veces el cuerpo.

A veces una relación.

A veces una certeza que considerábamos inquebrantable.

Lo que hace que ese día sea tan particular es el hecho de que, casi siempre, lo reconocemos solo después.

Cuando ocurre parece un evento.

Más tarde comprendemos que era una frontera.

Yo también tuve mi día.

Más de uno, probablemente.

Porque la vida es generosa al distribuir fracturas.

No pregunta la edad.

No pregunta el rol.

No pregunta la cuenta bancaria.

No pregunta el currículum.

Llama y basta.

Recuerdo una sensación precisa.

No el dolor.

No el miedo.

La sorpresa.

La sorpresa de descubrir cuán rápido puede cambiar el paisaje de una vida.

Un día todo parece estable.

Al día siguiente la estabilidad se vuelve un recuerdo.

Y te encuentras observando los escombros de algo que considerabas permanente.

Es en ese momento cuando descubres una de las grandes ilusiones de la existencia.

Pensamos que sufrimos por lo que perdemos.

Muy a menudo sufrimos por lo que creíamos eterno.

La pérdida destruye un evento.

La desilusión destruye una convicción.

Y las convicciones tienen raíces profundas.

Cuando algo se rompe de verdad, el primer impulso es reparar.

Es humano.

Buscamos inmediatamente una solución.

Una explicación.

Un remedio.

Un culpable.

Cualquier cosa con tal de no aceptar que algunas cosas no pueden ser reconstruidas en su forma original.

Yo también libré esa batalla.

Como todos.

La batalla contra la evidencia.

Porque la evidencia es brutal.

No negocia.

No consuela.

Existe.

Y basta.

Hay momentos en los que la vida no te concede el tiempo para prepararte.

Te empuja dentro de la transformación.

Quieras o no quieras.

Es allí donde descubres quién eres.

No cuando todo funciona.

Cuando algo deja de funcionar.

No cuando recibes.

Cuando pierdes.

No cuando construyes.

Cuando observas una parte de la construcción derrumbarse.

Muchas personas imaginan la resiliencia como una cualidad heroica.

Yo siempre la he visto de manera distinta.

La resiliencia no es fuerza.

Es adaptación.

La fuerza dice:

“Resistiré.”

La resiliencia dice:

“Me transformaré.”

Y la diferencia es enorme.

Porque algunas tormentas no pueden ser vencidas.

Solo pueden ser atravesadas.

A lo largo de mi vida he conocido personas que habían perdido mucho más que yo.

Personas que habían visto derrumbarse mundos enteros.

Familias.

Salud.

Seguridades.

Seres queridos.

Observándolas aprendí una lección fundamental.

El dolor no destruye necesariamente a una persona.

A menudo destruye la imagen que esa persona tenía de sí misma.

Y es una destrucción muy distinta.

Cuando el dolor llega, nos obliga a presentarnos sin máscaras.

Sin títulos.

Sin roles.

Sin protecciones.

Solo nosotros.

Y lo que queda.

Al principio esta exposición asusta.

Después se vuelve una forma de verdad.

Porque finalmente dejamos de actuar.

Recuerdo una fase de mi vida en la que todo lo que consideraba importante parecía vacilar al mismo tiempo.

No era una sola crisis.

Era una convergencia.

Como si el destino hubiera decidido presentar todas las preguntas en el mismo momento.

Fue una temporada difícil.

Pero hoy no la borraría.

Por una razón simple.

Me mostró qué era real.

Cuando una casa arde, no pierdes solo lo que es destruido.

Descubres también qué resiste al fuego.

Las crisis tienen esta función.

Separan lo esencial de lo superfluo.

Con una precisión casi cruel.

Personas que parecían centrales se vuelven irrelevantes.

Personas aparentemente marginales se vuelven
indispensables.

Ambiciones que parecían enormes pierden de repente
significado.

Pequeñas cosas adquieren un valor inmenso.

Un abrazo.

Una llamada.

Una presencia.

Una palabra sincera.

La vida reorganiza las prioridades sin pedir nuestro
consentimiento.

Y quizás es justo así.

Porque mucho de lo que aprendemos realmente nace de esas fracturas.

No de la continuidad.

De la interrupción.

Mirando atrás, me doy cuenta de que el día en que todo se rompió no fue también el día en que todo terminó.

Fue el día en que comenzó algo diferente.

Pero esta verdad no la comprendí enseguida.

La comprendí después.

Mucho después.

Cuando los escombros ya habían empezado a convertirse en cimientos.

Cuando las heridas ya habían empezado a convertirse en cicatrices.

Cuando el miedo había dejado espacio a la comprensión.

Existe una pregunta que el tiempo le hace a cada ser humano.

Tarde o temprano.

No se refiere al éxito.

No se refiere al dinero.

No se refiere al prestigio.

La pregunta es mucho más simple.

“¿Qué haces cuando algo se rompe?”

Algunos se detienen.

Algunos se esconden.

Algunos le echan la culpa al mundo.

Algunos aprenden.

Yo intenté aprender.

No siempre bien.

No siempre rápidamente.

Pero lo suficiente para comprender una cosa.

La ruptura no es el final de la historia.

Es el final de la ilusión precedente.

Y entre las dos existe una diferencia enorme.

Porque cada vez que algo se rompe, también se revela algo.

El carácter.

Las relaciones.

La verdad.

Lo esencial.

Y cuando el polvo finalmente se posa, cuando el ruido deja de llenar el aire, cuando el dolor pierde su voz más agresiva, queda una pregunta silenciosa.

No:

“¿Por qué sucedió?”

Sino:

“¿En quién me convertí después?”

Es de esa pregunta de donde nace el capítulo siguiente.

Porque el día en que todo se rompió no destruyó solamente algo.

Me obligó a descubrir lo que permanecería en pie.